

Noche buena en Francia. Querá me dirá usted
me dije a campana de la grande iglesia don-
de están tantos cobitos. Para los niños se
servía a los niños. Para el señor de las
cabinas que de aquellos para los señores
que se iban a Paris.

EL PRIMERO DE AÑO EN PARIS.

I.

Un año más de edad, un año ménos de vida.
En cada uno de los latidos de nuestro corazon,
en que creemos sentir agolparse la vida, se agol-
pa la muerte. El corazon es un péndulo que cuen-
ta los segundos de nuestro incesante viaje hácia
el sepulcro; un viaje sin descanso ni interrup-
cion, un viaje eterno. Cómo en estos dias el pen-
samiento se vuelve hácia atrás y se refugia todo
entero en la memoria! Las fiestas de Navidad
despiertan siempre en el alma la querida imá-
gen de los primeros dias de la vida.

Desde aquí envidio yo con toda mi alma la

Noche-Buena de España. Quién me diera sentarme bajo la campana de la grande chimenea donde arden troncos colosales; cerca del sillón reservado á los ancianos, para oír al sonar de las zambombas uno de aquellos pastoriles zorcicos que tienen todo el perfume de la inocencia y que están impregnados del aire purísimo de las montañas!

¡ Quién me diera volver á los tiempos en que íbamos tiritando de frío, pero con el corazón lleno, henchido de alegría, á la misa del Gallo, creyendo oír en los murmullos del campo el concierto de los pastores, en los suspiros del aire, el concierto de los ángeles! ¡ Qué perfume exhalaba la iglesia de mi lugar, qué melodías el órgano, que sonidos tan penetrantes y tan alegres el repique general de las campanas interrumpiendo el majestuoso silencio de la noche! La vida del sentimiento, la vida del corazón, la vida de la familia tienen un precioso nido en esa tierra hermosísima que se extiende desde las crestas occidentales del Pirineo á los mares de Cádiz, y que yo bendigo siempre; pero, sobre todo, en

los aniversarios solemnes del año, en esos días en que vienen como en tropel á la memoria los queridos recuerdos de la ausente patria.

Pero en medio de todo, cómo quisiera que mi España imitase ciertos aguinaldos de París! No en verdad las barracas del Boulevard que tanto me recuerdan nuestras antiguas y casi olvidadas ferias de Madrid; no las revistas de los teatros por donde van pasando los acontecimientos más importantes y los más renombrados personajes del espirante año sin que merezcan la inmortalidad decretada por los siglos y las farsas de Aristóphanes; no los escaparates llenos de todos los manjares, desde el dátil de los abrasados desiertos de Africa hasta el caviar de los helados desiertos de Rusia; no las fantasías escéntricas de la moda para las damas ni la infinidad de juguetes para los niños; pero sí los aguinaldos de la inteligencia, los libros magníficamente encuadrados, con preciosas estampas, impresos con artísticas letras y en satinado papel que se ven por todas partes, que enseñan cómo esta nación tiene motivo para creerse por algunas de las facetas de

su brillante espíritu, la primera entre las naciones del mundo.

Aquí teneis toda clase de libros... Para los niños están los cuentos de Perrault y las fábulas de Lafontaine con deliciosos grabados. Para las almas religiosas los Evangelios que Henri-Plon ha impreso y ha ilustrado de una manera monumental, grabando en acero los cuadros religiosos más bellos de los pintores del Renacimiento, de esa pléyade inmortal, cuyo crepúsculo de la mañana se llama Leonardo de Viner, crepúsculo dulce como el Alba y cuyo crepúsculo de la tarde se llama Murillo, crepúsculo enrojecido como el ocaso en los ardientes cielos del Mediodía. Para los jóvenes Pablo y Virginia, el idilio de Bernardino de St-Pierre, en el cual como en los cuadros de Claudio Lorena ó como en las odas de Virgilio, revive la naturaleza. Cuando miro las estampas que el dibujante ha puesto en la última edicion hecha para los aguinaldos de este año, me creo trasladado á los climas tropicales, en medio de esa exuberante naturaleza, donde la vida tiene más armonías, más colores, más fecundidad, más

activo y más enérgico trabajo que en los climas templados, como si estuviera todavía en las primeras épocas de la creacion. En el seno de aquella naturaleza los amores de Pablo y de Virginia contrastan de una manera tan admirable por su santa paz como un nido de palomas colgado de las ramas seculares de un cedro del Libano.

Imposible examinar todos estos libros donde hay desde catecismos para los niños hasta obras profundísimas para los sábios. Yo desearia que en España se extendiese tambien con la misma intensidad la costumbre de regalarse libros en los dias de aguinaldo.

II.

Lo que para España no quiero, es el intenso frio de París. El Sena se ha callado y se ha dormido bajo una bóveda de cristal de roca. El movable y murmurante rio yace silencioso é inmóvil

como si hubiera muerto. Sobre sus espaldas juegan los pilluelos de París como las ratas en las guedejas de un leon disecado. Parece imposible que se pueda sacar partido de un tiempo tan crudo para divertirse, y los parisienses lo aprovechan á maravilla dándose con todo su corazón á la desenfrenada alegría de deslizarse sobre el hielo. El gran placer consiste en presenciar los grandes batacazos. Los estanques y las fuentes de las Tullerías ofrecen un singular espectáculo. Aunque todo está helado, sobre las tersas superficies han caido montones de ligera nieve, semejante á fina arena, con la cual juegan los vientos. A pesar de haber caido tanta nieve, las espesas nieblas no abandonan el cielo. Parecen los árboles entre los pliegues de estas nieblas colosales, fantasmas que arrastran un sudario de sombras. Las estátuas llevan su manto de nieve. Yo no sé por qué, mas creo que las estátuas, esas hijas predilectas de los cielos de Grecia, se quejan de sus vestiduras polares. El obelisco de Cleópatra, enhiesto en medio de la plaza de la Concordia, y festoneado de nieve, me da profunda tristeza, porque los

sacerdotes egipcios grabaron ahí en geroglíficos sus pensamientos, para que los guardara el misterioso desierto, para que los bruñera el ardiente sol, y no para que los quebrantara el hielo y los tiñera de negro la triste bruma. Mas en medio de todas estas tristezas de la creacion, se oyen ruidosas carcajadas. Son los muchachos de París y los soldados de la guarnición, que se deslizan sobre el hielo dejándose arrastrar como por un vértigo, del cual no salen sino cuando algunos de ellos han medido con todo su cuerpo la cristalina superficie de los estanques y de las fuentes. Parecen figuras mecánicas movidas por un resorte.

III.

Hasta la alta sociedad tiene sus grandes fiestas polares. No es posible imaginarse nada más fantástico ni más extraordinario que un baile dado sobre el hielo en las alamedas del bosque de Bou-

logne á media noche. Jamás he visto á la gente de esta manera alegre en nuestras veladas de San Juan, cuando el cielo azul está cargado de un rocío de estrellas, las márgenes del arroyo recamadas de flores y luciérnagas, el aire embalsamado por las esencias de los jazmines y de las rosas, convidando todo á la alegría y al amor. No es posible formarse una idea del placer con que las damas del Norte se deslizan sobre la superficie de un lago helado, llevando una linterna sorda en la cintura y otra que parece un gigante topacio entre las pieles con que adornan su cabeza. Como es la carrera sobre el hielo, en los trineos y los patines, tan rápida y tan vertiginosa, me parecían sombras, ángeles de la noche, génios de la selva, que hubieran engarzado en su diadema ó en su cinto un meteoro recogido al vuelo por los infinitos espacios. La decoracion es magnífica: el suelo cubierto de nieve, blanco, brillante, deslumbrador; los árboles, negros como si fueran de bruñido azabache; de trecho en trecho inmensas hogueras que resaltan en la nieve como auroras boreales: escondidos en el ramaje globos venecianos de di-

versos matices que parecen luminosas flores, y suspensas de mástil en mástil por luces eléctricas que en lámparas de cristal contenidas parecen azucenas formadas por los más claros rayos de la luna, guirnaldas de luces que se asemejan á un iris ardiente.

Mas al ver tantas luces sobre el hielo, y pasar ante mis ojos tantas hermosas mujeres ricamente ataviadas, me he dicho: si sereis hielo como toda esta fiesta; y francamente, idea tan extraña ha helado la sangre en mis venas, el pensamiento en mi cerebro, y he arrojado la pluma. ¡Ah! mal principio de año..... 1 de Enero de 1868.

FIN.